
Nuevas maternidades o la desconstrucción de la maternidad en México

Ángeles Sánchez Bringas, Sara Espinosa,
Claudia Ezcurdia y Edna Torres

En México se ha transformado el ejercicio de la maternidad de las mujeres a partir de la confluencia, en los últimos 30 años, de distintos fenómenos macro y microsociales. Por un lado, han ocurrido importantes cambios económicos y sociodemográficos que han afectado tanto la estructura de la población como la estructura de las familias. Ha disminuido el índice de mortalidad y se ha incrementado la esperanza de vida; la población en edad productiva ha aumentado en detrimento de la población menor de 15 años; las mujeres tienen menos hijos e inician la vida de pareja y la procreación a edades más avanzadas que las de generaciones anteriores. Estos fenómenos se han visto acompañados por la creciente participación de las mujeres en el mercado de trabajo, el incremento de mujeres cabeza de familia y por las restricciones económicas que afectan la economía familiar.

Por otro lado, en el ámbito sociocultural ha tenido lugar el surgimiento de nuevos modelos, esquemas, teorías y elaboraciones culturales sobre la maternidad, la sexualidad y las relaciones de pareja. En relación con las prácticas sociales, se han modificado los usos y costumbres de la vida sexual, de la vida conyugal y del ejercicio mismo de la maternidad. Ha surgido una gama importante de prácticas reproductivas que van desde la del matrimonio como rito de pasaje a la vida sexual, conyugal y reproductiva, hasta aquellas que disocian la vida sexual de la conyugal o la reproductiva de la vida de pareja. Es decir, en la sociedad mexicana actual coexisten mujeres que ejercen la maternidad a partir del matrimonio, sin cuestionar el deseo de ser madres y apegándose a la normatividad de género en cuanto a valores como la virginidad, el amor maternal, la sexualidad para la procreación, junto a mujeres que han cuestionado este modelo de maternidad desde distintas experiencias. Es cada vez más frecuente la presencia de mujeres que ejercen su maternidad sin

pareja y, en algunos casos, con una pareja del mismo sexo. También encontramos muchas mujeres que han ejercido una carrera laboral como una dimensión central en sus vidas, además de la maternidad, o bien mujeres mayores de 35 años sin hijos. Sin embargo, los nuevos arreglos sociales en los cuales se ejerce o desde donde se cuestiona la maternidad no siempre tienen como referencia construcciones simbólicas del género alternativas; en muchos casos las nuevas experiencias se interpretan a partir de las elaboraciones culturales del modelo tradicional de maternidad, familia y sexualidad para la procreación.

El propósito de este artículo es reflexionar sobre las tensiones que surgen entre los nuevos arreglos familiares o de pareja y los significados culturales que dan sentido a los mismos. Con este fin, analizamos los casos de mujeres con prácticas reproductivas distintas a las de la mayoría, que habitan en la Ciudad de México pero que pueden encontrarse en cualquier otra ciudad del país. Nos interesa reflexionar sobre algunos aspectos de la simbolización cultural de la maternidad de mujeres mayores de 30 años sin hijos, o bien de mujeres que son madres lesbianas o ejecutivas que también ejercen la maternidad. Nos preguntamos, ¿cómo viven estas mujeres las tensiones que se generan entre sus experiencias y las elaboraciones del género? ¿Han logrado estas mujeres manejar nuevos significados culturales diferentes a los tradicionales?

La simbolización cultural de la maternidad

Durante la década de los años ochenta, algunas feministas desarrollaron una intensa discusión sobre la forma de entender la maternidad y las implicaciones políticas de su conceptualización (Snitow 1992). A partir del debate se delinearon varias posiciones que van desde considerar la maternidad como una institución del patriarcado derivada de la función reproductiva de las mujeres (Sau 1991), hasta entenderla como la posibilidad de crear un mundo simbólico propio de la madre y distinto al del patriarcado (Irigaray 1985; Ruddick 1989; Muraro 1994). Como resultado de este debate, en la década de los noventa ya se habían desarrollado varias premisas metodológicas que consideramos fundamentales para el estudio de la maternidad. La más importante fue la diferenciación que se hizo entre la maternidad como institución y las experiencias de maternidad de mujeres ubicadas en contextos sociales e históricos específicos (Rich 1986; Ruddick 1989). A partir de esta distinción se establecieron

varias áreas de análisis: la base económica de la maternidad, el campo ideológico y cultural y el conglomerado de relaciones sociales.

Con base en lo anterior, en este trabajo exploramos la maternidad a partir de dos instancias que guardan cierta autonomía una de la otra: las elaboraciones simbólicas de la maternidad y el ejercicio de la misma. Por un lado, la maternidad es la institución que asigna el lugar de madre a la mujer a partir de la relación social por la cual ésta se hace cargo de las necesidades del recién nacido y comprende las construcciones culturales de género —modelos, normas, ritos, valores, representaciones, discursos, teorías, etcétera— que pautan esta relación, que definen sus objetivos y las condiciones sociales en las que “debe darse”.

Por otro lado, las mujeres ejercen la maternidad a través de un entramado de relaciones determinadas por el género,¹ la edad, así como por otros determinantes económicos y sociales. Las mujeres desarrollan su capacidad de procreación a partir de experiencias construidas en el entramado social de un grupo específico y en un momento histórico determinado y en ese devenir se reproducen las diferencias jerarquizadas entre hombres y mujeres; es por eso que las características de los lugares jerarquizados varían en distintos grupos sociales. Por ejemplo, cuando una mujer da a luz y adquiere el lugar de madre, ocupa ciertos espacios sociales en detrimento de otros; en algunos grupos, y a diferencia de los hombres, las mujeres al procrear salen del mercado de trabajo para dedicarse a la crianza; en otros, mantienen su actividad pero renuncian a ascender en el escalafón laboral o a continuar con su formación académica. Sin embargo, en la mayoría de los contextos sociales se espera que la maternidad se ejerza en una relación conyugal y que las mujeres desempeñen las labores de la crianza. Es decir, las experiencias de maternidad son diversas pero están pautadas, prescritas y son simbolizadas a partir de las elaboraciones culturales de la institución de la maternidad. Si bien, desde distintos espacios —organizaciones políticas, civiles, instituciones educativas, medios de difusión, etcétera— se generan nuevos valores, la transformación del mundo de la cultura se da a través de

¹ Las relaciones de género son relaciones de poder que entablan los individuos en términos de su diferencia sexual, como hombres y mujeres, y que restringen el acceso de las mujeres a los recursos económicos, políticos, sociales y culturales, además de expropiarlas de las decisiones sobre su cuerpo y su vida (Ortner y Whitehead 1991; Nakano *et al.* 1994).

procesos lentos que se desfasan de los cambios que ocurren en el ámbito de las relaciones sociales, inclusive de las relaciones de género.

La maternidad se lleva a cabo en ciertas condiciones socioeconómicas; no es lo mismo la maternidad de mujeres ejecutivas con altos niveles de escolaridad que la de mujeres amas de casa de escasos recursos. Las primeras inician una carrera laboral antes de la maternidad y no se cuestionan interrumpirla por la crianza. Las segundas se dedican a la crianza de sus hijos y enfrentan la crisis económica de la familia reduciendo el consumo, extendiendo la jornada de trabajo o desempeñando algunas actividades remuneradas complementarias. Sin embargo, todas ellas se enfrentan a las construcciones simbólicas de la maternidad que impone la cultura, pero lo hacen desde experiencias distintas. Otro ejemplo de las diferencias entre el mundo de las experiencias maternas y el ámbito de la institución maternal lo constituye la crianza. Si bien la tarea principal de la madre es la construcción sociocultural del nuevo ser, el periodo de la vida dedicado a esta tarea varía en cada grupo social de acuerdo con distintos factores de tipo económico y sociocultural. En algunos grupos esta tarea se inicia desde el embarazo, mientras que en otros hasta que el hijo o la hija nace y muestra signos de que sobrevivirá (Scheper-Hughes 1992). El ejercicio de la maternidad pasa por distintas etapas muchas veces definidas por los cambios en las necesidades de los hijos e hijas, y otras por las responsabilidades de la madre con el resto de la familia o el grupo social.

En las experiencias de maternidad, el control de la capacidad sexual y reproductiva de las mujeres se da a través de las relaciones sociales, económicas y políticas, así como de las prescripciones culturales; sin embargo, consideramos que el poder no se cristaliza sino que circula entre los sujetos, por lo que los lugares jerarquizados se transforman conforme se reproducen. En este sentido, las mujeres pueden ganar acceso a ciertos recursos que les facilitan una mayor autonomía en su vida sexual y reproductiva; es el caso de aquellas mujeres que desarrollan una carrera laboral y deciden ser madres, o bien, aquellas que tienen una vida sexual activa por varios años antes de establecer una relación conyugal y ejercer la maternidad.

Suponemos que los cambios sociales surgen en distintos niveles de la actividad social. En el nivel micro, las mujeres en sus experiencias transforman las relaciones sociales y los significados culturales y contribuyen a la transformación social y cultural del grupo. Algunos ejemplos de este proceso en años recientes son la aceptación social del ejercicio de

la maternidad sin pareja o la valoración social de la madre que trabaja fuera de su casa.

Las mujeres se vinculan a la institución de la maternidad a través de ciertos ejes de significados que dan sentido a sus experiencias. En este trabajo analizamos tres ejes básicos. El primero de estos ejes se refiere al discurso biológico. Por lo general, la maternidad comprende el proceso de dar vida, aunque en muchos casos las mujeres acceden a ésta sin haberse embarazado, o procrean sin ocupar el lugar de madre. Sin embargo, el proceso biológico se erige como el que legitima las experiencias de maternidad como eventos “naturales” y, por lo tanto, “correctos”. Estos atributos forman parte del modelo cultural² de la madre y se condensan en este eje de significados centrales para la simbolización de las experiencias individuales. En este eje se establece el carácter “natural” y “correcto” de la pareja heterosexual y de la relación de consanguinidad que define las relaciones de parentesco. El discurso biológico también constituye un argumento básico para estructurar la vida en el tiempo. El contenido de este discurso varía en los diferentes entornos socioculturales, así como los aspectos de la maternidad que se destacan y los límites temporales de la maternidad en la trayectoria de vida de las mujeres.

El segundo eje básico en la simbolización de la maternidad lo constituyen aquellos significados referidos a la relación de pareja heterosexual que definen la sexualidad femenina como un instrumento para la procreación. Mientras que para la mujer la maternidad se reconoce a partir del argumento biológico de haber dado a luz, la paternidad se instituye desde lo social, cuando el hombre reconoce la relación sexual legítima con la madre del hijo o hija, lo que implica poner a prueba a la mujer.³ En esta construcción cultural, la mujer se hace cargo de construir la familia, a ella le corresponde desear además del hijo/a, al padre que el hijo o la hija necesita para su bienestar. En dicho esquema la madre busca establecer una relación amorosa con el fin de consolidar una pa-

² Las elaboraciones culturales comprenden el conjunto de guías, marcos o modelos de y para los sentimientos, la intención y la acción de las personas, y están culturalmente contruidos e históricamente determinados (Ortner 1999).

³ Esto se ha encontrado en muchas sociedades, aun en las más desarrolladas, en donde el discurso biológico se está transformando a partir de los avances en las tecnologías reproductivas (Strathern 1992).

reja conyugal y una familia; así, la pareja y el hijo se construyen como significados del ejercicio sexual de las mujeres.

El modelo cultural tradicional de la maternidad-paternidad es el matrimonio, que pauta una secuencia normativa para el inicio de la vida sexual, conyugal y procreativa de las mujeres: pareja-vida sexual-hijos/as; esta secuencia consiste en que se espera que la mujer inicie la vida sexual y la reproductiva a partir de la vida conyugal. El matrimonio constituye el rito de pasaje a la vida adulta sobre la base de valores como la virginidad, el amor maternal y la sexualidad para la reproducción.

La organización de la familia configura el tercer eje de simbolización. Las relaciones de parentesco establecidas al interior de la familia se definen a partir de la diferenciación por sexos y generaciones; en estos términos se asignan los lugares, se establecen las pautas de la división sexual del trabajo, ciertos derechos y obligaciones, así como los significados asociados a estos lugares. A partir de este eje de significados de la maternidad, la madre asume la responsabilidad de introducir al hijo o a la hija a la cultura a través de las tareas de la crianza y la socialización.

En este artículo abordamos las historias de mujeres que han roto con el modelo cultural que norma la secuencia pareja-vida sexual-hijos/as y con ello han cuestionado los ejes de simbolización de la maternidad. Analizamos la reelaboración que hacen de los significados en sus experiencias maternas y reproductivas.

Las nuevas experiencias de maternidad en México

A mediados de la década de los setenta se iniciaron los programas de planificación familiar a nivel nacional, dirigidos principalmente a la población femenina. Durante los años ochenta y noventa estos programas se intensificaron, con lo que se logró una baja importante en la fecundidad de las mujeres;⁴ la tasa global de fecundidad (TGF)⁵ a nivel nacional bajó

⁴ La fecundidad más alta se registró entre 1958 y 1968, pero durante la primera mitad de la década de los setenta, la TGF tuvo un decremento importante de casi 25% y, a partir de 1976, tuvo una reducción drástica. Entre 1965 y 1980 la tasa se redujo en 40% y entre 1980 y 2000 lo hizo en 45%.

⁵ La tasa global de fecundidad (TGF) es una medida resumen que indica el promedio de hijos nacidos vivos que tendría una mujer durante su vida reproductiva (15-49 años),

de 6.5 en 1960 a 2.4 en 2000.⁶ Este proceso significó la disminución del promedio de número de hijos que pasó de 7.0 en 1971 a 4.4 en 1980 y a 2.1 en 1996. El descenso de la fecundidad en México fue un proceso acelerado pero heterogéneo; se inició en las zonas más desarrolladas y en pocos años abarcó las áreas rurales, presentando importantes diferencias por regiones y grupos sociales. El Distrito Federal mantuvo la tasa global de fecundidad más baja del país desde 1975, en el año 2000 fue de 1.8.⁷

Es indudable que los programas de planificación familiar fueron muy exitosos en la coyuntura de las restricciones económicas de fin de siglo; las mujeres adoptaron las prácticas de anticoncepción ante la presión de la economía familiar y para incorporarse al mercado laboral. Un efecto directo fue la importante participación de mujeres en el mercado de trabajo, en particular, mujeres con hijos y baja escolaridad de sectores de bajos ingresos, pero también mujeres con hijos de los sectores medios (García y Oliveira 1994).

Desde la década de los ochenta, las mujeres de la Ciudad de México, como las mujeres del resto del país, modificaron su comportamiento reproductivo. En primer lugar, se dio una reducción de la fecundidad de las mujeres en edad reproductiva que significó el acortamiento del periodo reproductivo, ya que la baja fue particularmente importante en mujeres menores de 20 años y mayores de 40. En segundo lugar, las mujeres retrasaron la edad para tener hijos e incrementaron los periodos intergenésicos; es por eso que aumentó el porcentaje de mujeres sin hijos en el grupo de edad de mujeres entre 25 y 29 años, éste pasó de 20% en 1980 a 40% en 2000; en el grupo de mujeres de 30 a 34 años este mismo porcentaje se incrementó de 11.4% a 22.7% en el mismo periodo. Durante la década de los noventa, la mayoría tuvo a sus hijos entre los 20 y los 29 años; además, un grupo reducido de mujeres, que también se pudo apreciar en las estadísticas, inició la procreación entre los 25 y 35 años. En tercer lugar, se generalizó el uso de anticonceptivos en mujeres con pareja de todos los sectores socioeconómicos (Sánchez y Menkes 2000).

si estuviera sujeta a las tasas de fecundidad por edad observadas en un año determinado (INEGI 1997: 27)

⁶ Las estadísticas sobre fecundidad fueron tomadas de Juárez *et al.* 1989; INEGI 1997; ENADID 1999; Tuirán *et al.* 2000; INEGI 2001.

⁷ Mientras que la TGF de Oaxaca fue de 2.9 en 2000 (INEGI 2001).

En la Ciudad de México, los cambios demográficos han llevado a la coexistencia de diferentes patrones reproductivos que corresponden a distintos estratos socioeconómicos y a diferentes condiciones culturales heterogéneas y polarizadas.⁸ En un extremo están las mujeres de escasos recursos con más de tres hijos, que iniciaron su maternidad antes de los 20 años y extienden su etapa reproductiva hasta los 34 años, mientras que en el otro se ubican mujeres de sectores medios y altos en las que evidentemente influyeron las políticas nacionales de planificación familiar desde edades muy tempranas. Dentro de este último grupo sobresalen las mujeres que priorizaron la maternidad de manera distinta de la mayoría; mujeres con alta escolaridad que tuvieron menos hijos —preferentemente entre uno y dos hijos/as—, que iniciaron su maternidad después de los 30 años y aún después de los 34 años, que empezaron el uso de anticonceptivos varios años antes de establecer una relación de pareja o bien que decidieron ejercer la maternidad fuera de la relación conyugal o heterosexual, o que finalmente decidieron no tener hijos.

A continuación abordamos esta problemática a partir de tres historias. La de una mujer ejecutiva muestra la transformación de las experiencias reproductivas de las mujeres que priorizan la carrera profesional y que separan la procreación de la vida sexual y de la vida de pareja. La historia de una mujer lesbiana ilustra las tensiones que surgen en la transición que va de una identidad heterosexual a una homosexual y la reelaboración de significados sobre la maternidad, la pareja y la familia que se generan en esta transición. Finalmente, la historia de una mujer sin hijos que desde los treinta años se cuestiona si acceder a la maternidad o no, pone de relieve el peso de la normatividad tradicional en mujeres con experiencias reproductivas que se alejan de la maternidad.

⁸ Para una descripción más detallada de las características de la fecundidad de las mujeres del Distrito Federal consultar el artículo de Sánchez y Menkes 2000.

Ejecutivas: entre el trabajo y la maternidad

Yo he hecho de mi vida muchísimas cosas,
pero he pagado “mis precios”. IRENE

El caso que presentamos a continuación es el de una ejecutiva a nivel directivo cuyas experiencias laborales y reproductivas nos permiten observar nuevas formas de ejercer la maternidad, así como las tensiones que se generan entre el mundo laboral y la vida familiar. Centramos la discusión en dos de los ejes de significados de nuestra propuesta de análisis. El primero es el que prescribe el establecimiento de la relación de pareja heterosexual y define la sexualidad femenina como un instrumento para la procreación. El segundo eje es el que dicta la organización de la familia y su dinámica a partir del género y la generación.

Irene es una mujer de 45 años, cuenta con una licenciatura y una maestría; tiene 23 años de experiencia en la industria farmacéutica y actualmente se desempeña como directora de un área de ventas. Vive con su hija de 10 años y su madre. Ella⁹ pertenece a una generación de ejecutivas formadas en la institución laboral, así como a un grupo de mujeres de los sectores medios que estudiaron en universidades públicas y ascendieron a puestos ejecutivos en la década de los ochenta, cuando las industrias transnacionales tuvieron un periodo de expansión en el país. En esa coyuntura, la elección del personal en cargos de decisión se realizaba de acuerdo con el desempeño mostrado en los diferentes niveles de la empresa, eran personas que habían adquirido un amplio conocimiento del funcionamiento de la organización a través de su experiencia laboral.¹⁰

⁹ Esta entrevista forma parte de la investigación para la tesis de maestría “Ejecutivas en la industria farmacéutica: entre el techo de cristal y las prácticas reproductivas” que actualmente realiza Edna Torres Ramos.

¹⁰ El ascenso laboral se llevó a cabo durante un periodo en que la elección de ejecutivos no tenía que ver con el prestigio de la universidad de egreso, sino con el desempeño mostrado en diferentes niveles de la empresa. Actualmente, los puestos ejecutivos suelen otorgarse a jóvenes egresados de escuelas particulares y es muy difícil que gente de universidades públicas obtenga un puesto gerencial. Se puede decir que la generación de ejecutivas como Irene se vio beneficiada por la apertura de las industrias transnacionales en el país, mientras que las actuales generaciones habrán de verse constreñidas a un mercado laboral más estricto y angosto.

Irene es originaria del norte del país, hija de un médico con una especialidad realizada en el extranjero y una maestra normalista, es la mayor de ocho hijos. Se crió en una familia donde la formación profesional constituía un valor importante tanto para los hombres como para las mujeres y fue alentada por su padre a desarrollarse de manera profesional porque en su familia no era bien visto “conformarse” con el papel de ama de casa. El padre daba como ejemplo a sus hermanas, ambas profesionistas, para explicar que una mujer no debe depender de nadie. Irene se identificaba con el modelo de las tías; refiere que desde adolescente su ideal era ser científica y trabajar para poder ser independiente económicamente y tener un buen nivel de vida. Jamás pensó que la maternidad y el trabajo estuvieran disociados. Comenta:

Tengo una tía que es química. Y lo que más me gustaba de mi tía es que a los 33 años ella tenía un Mustang del año y tenía bastante dinero y para mí eso fue el estándar de lo que yo quería ser [...] Yo tenía ocho años o nueve [...] Era bien vista porque era una triunfadora, se casó grande, se casó de 33 [...] Quién sabe qué pasó porque no tuvo hijos.

Irene estudió la licenciatura en química en la Universidad Nacional Autónoma de México; cambió su residencia a la Ciudad de México, donde vivía en casa de sus abuelos maternos. Para ella este cambio significó ganar cierta autonomía ya que, si bien las reglas y los horarios de llegada eran semejantes a los de la casa paterna, Irene tenía la posibilidad de moverse en una ciudad muy grande y, lejos de los padres, enfrentar el reto de estudiar en la Universidad Nacional. Al término de los estudios universitarios ingresó a la industria farmacéutica y a lo largo de dos décadas ha recorrido diferentes puestos, desde los básicos hasta una dirección en el área de ventas.

Aunque se casó mientras estaba estudiando en la universidad, a los 19 años, logró terminar la licenciatura. Irene tuvo relaciones sexuales y utilizó anticonceptivos antes del matrimonio, ya que lo consideraba un comportamiento “natural”, pero decidió casarse y “normalizar” su situación para poder ejercer legítimamente la sexualidad y no tener que llevar una “doble vida”. Después de su matrimonio vivió en casa de su suegra, hasta que su pareja y ella pudieron rentar un departamento; en ese periodo él trabajaba y ella terminó su carrera.

A los 22 años, Irene ingresó a la industria farmacéutica e inmediatamente después consideró la posibilidad de un embarazo; pero su esposo rechazó la idea en varias ocasiones aduciendo que los hijos restaban libertad o bien que no era su momento. Su deseo de la maternidad

estuvo presente durante varios años y la negativa del esposo, así como su poca participación en la vida doméstica y sus bajas aportaciones económicas, iban deteriorando la relación entre ellos. A los 25 años ya era económicamente independiente, pues su situación laboral había mejorado, dos años más tarde logró un nuevo ascenso a una posición con más responsabilidades. Se divorció a los 27 años, cuando ella y su marido se habían distanciado a un grado tal que habían dejado de tener vida sexual. Desde entonces buscó otras relaciones amorosas con hombres que le parecían inteligentes y apropiados por su desempeño en el campo profesional.

Irene se mudó del DF a Monterrey a los 29 años. Radicó en esa ciudad por seis años, primero en casa de una viuda y después compró un departamento para vivir sola. En ese momento contaba con una gerencia media e ingresos que le permitían una posición económica desahogada. Conoció en la empresa al padre de su hija, un hombre ocho años menor que ella y con un puesto laboral también menor. Nunca cohabitó con él a pesar de haber mantenido una relación amorosa durante dos años que terminó cuando se embarazó.

Irene, desde su primera relación, había buscado hombres que le atrajeran físicamente pero sobre todo que tuvieran el mismo nivel educativo y un cierto nivel económico semejante al de ella; a diferencia del modelo tradicional en el que las mujeres buscan hombres con capacidad económica suficiente para la manutención de una familia y mayores recursos intelectuales, laborales y sociales, lo que los coloca al interior de la pareja en una jerarquía mayor con respecto a la mujer. En este sentido, Irene reelaboró los significados asociados con la relación de pareja del modelo tradicional y buscó relaciones más igualitarias en lo intelectual y con intereses comunes. Pero, conforme ascendía de puesto e incrementaba sus ingresos, aumentaron las dificultades para establecer una relación de pareja que concluyera en matrimonio y familia.

Irene estableció dos relaciones más. Si bien éstas no resultaron en matrimonio, como ella esperaba, sí fueron satisfactorias en tanto podía divertirse y compartir puntos de vista con gente de su nivel laboral e intelectual. Durante ese periodo utilizó anticonceptivos para ejercer su vida sexual sin correr el riesgo de embarazarse. A pesar de que Irene buscaba el matrimonio y formar una familia, se distanció del modelo cultural tradicional y mostró una clara disociación entre maternidad y pareja. Ella tenía claro que, tras las experiencias de

pareja poco fructíferas en cuanto a la formación de una familia, lo que quedaba era cumplir con el ideal de la maternidad fuera de la relación conyugal ya que “para la pareja siempre hay tiempo, pero para la maternidad no”.

Por otra parte, la idea de maternidad se vio anclada a la lógica del reloj biológico. El discurso médico establece que la procreación en la mujer debe cumplirse preferentemente antes de los 30 años y a más tardar hasta los 35. Irene había hecho suyo este discurso tanto por la influencia del padre como por su carrera universitaria, así como por su desarrollo laboral siempre dentro de la industria farmacéutica. El deseo de la maternidad estaba claramente mediado por la necesidad de cumplir con ésta antes de que fuera demasiado tarde como para no poder realizarla, independientemente del estatus civil en el que se encontrara: “cuando me enteré del embarazo, a mí me dio mucho gusto, porque yo ya tenía 35 años, y yo siempre había dicho que como fuera, a los 35 años me iba a embarazar. Casada o no casada”.

La contradicción entre la regla social de la formación de la familia a través del matrimonio y la decisión de Irene de llegar a ser madre, generó fuertes tensiones en su vida. Aunque el embarazo no fue planeado, ella esperaba normalizar la situación con el padre de su hija a través del matrimonio. Sin embargo, al no obtener una respuesta positiva de su pareja se sintió traicionada, porque el embarazo le parecía un momento de fragilidad, un periodo en que se necesita apoyo:

Los hijos son algo muy sagrado... Porque además ¡no fue una aventura! Teníamos cinco años de conocernos, dos años de salir como pareja... Es como si tu mejor amigo te traiciona ¿no? O sea, te deja solo en el momento en que más lo necesitas.

A pesar de que Irene es una ejecutiva con altos ingresos e independencia económica, buscaba en el hombre un apoyo moral para enfrentar al grupo social que la cuestionaba por tener un hijo fuera del matrimonio. Ella manifiesta que en una sociedad machista como la mexicana tuvo que enfrentarse a diversos obstáculos por su decisión de llevar adelante el embarazo: “Me hizo enfrentar a mi compañía, a mi posición y pues dije, bueno... va. Después él quiso casarse, pero yo ya no, ya no quería”. Es aquí donde la experiencia, que no había resultado idónea, llevó a Irene a decidir romper el patrón matrimonio-hijos para optar por la maternidad sola; las tensiones entre modelo y experiencia se vieron resueltas con la trasgresión de la normatividad que le permitió a Ire-

ne reelaborar su visión sobre la maternidad. Sin embargo, la negativa del matrimonio no obstaculizó la necesidad de que el hombre reconociera legalmente a la hija, pues Irene consideraba que era importante que la niña tuviera el apellido del padre para evitar que fuera rechazada o que se avergonzara por no tenerlo.

Es importante señalar que a pesar de que en algún momento ella ligaba la idea de tener una pareja a la de tener hijos y formar una familia, cuestionó este eje de significados cuando se dio cuenta de que no era posible encontrar al hombre adecuado que se comprometiera en una relación familiar, pero sabía que a los 35 debía embarazarse, casada o soltera. Irene decidió apartar la idea de la pareja como requisito para tener una hija, y determinó crear su propia familia: “Entonces pues ya, decidí formar mi familia, pero sola. Soy una familia de mi hija y yo”. Ella encuentra una nueva forma de vida y cuestiona la idea tradicional de familia, la reelabora, no sólo por la falta del padre, sino por la idea de que ella y su hija constituyen una familia en la cual ella es la cabeza. Este cuestionamiento se ve facilitado por su posición laboral, además del alto ingreso que percibe, lo que permite su independencia. También es claro que tal independencia y el ser cabeza de familia “tiene su precio”, como ella misma afirma cuando habla de uno de los puestos con más responsabilidad que tuvo antes del empleo actual:

(Era) muy estresante... También porque ya tenía yo familia y había que combinar muchos viajes con familia... Y no siempre es fácil teniendo una niña de dos años. Entonces hay que hacer sacrificios... También piensa uno en que las oportunidades sólo las tienes una vez y que no es solamente dinero, es la oportunidad de un ahorro, de crecimiento. Y yo sí pensé, bueno, voy a sacrificar algo, pero voy a obtener algo.

Dada su experiencia en administración, la oportunidad que ofrece un puesto de alto nivel es evaluada por ella sobre la base de lo que se gana y se pierde.¹¹ Ella sabe también que su carrera profesional presentará un declive a los 50 años, porque ahora las carreras ejecutivas se acaban muy temprano, tanto para hombres como para mujeres, y reconoce la

¹¹ Cabe señalar que esta forma “racional” de planear la vida personal es un procedimiento común en mujeres de las clases medias y altas de los países ricos; se ha estudiado cómo esta cultura de la “elección” responde a la necesidad de sentir que controlan sus vidas (Gregg 1995).

importancia del ahorro para poder enfrentar el periodo en el que tenga que abandonar la industria.

Muchos de los cambios que Irene presenta en su desempeño como madre frente al modelo tradicional tienen que ver con la situación económica y el ingreso al mercado laboral. La decisión de Irene de ser una mujer de carrera no representa un conflicto con la maternidad, en tanto fue socializada para el trabajo desde la familia de origen y encontró las oportunidades en el mercado laboral. Sin embargo, su vida profesional sí la obliga a ser una madre que difiere del ideal maternal: no existe un padre proveedor ni una madre de tiempo completo; Irene es proveedora de la hija y por ello realiza “el sacrificio” de alejarse a veces, porque así construye un futuro con certeza económica para ambas.

Cabe destacar que contrario a algunas ejecutivas del primer mundo, en Irene no se presentó el cuestionamiento de tener o no tener hijos por la disyuntiva trabajo-familia. En México, las relaciones de parentesco y el trabajo doméstico asalariado permiten que la crianza pueda resolverse sin demasiado conflicto en mujeres con actividad remunerada de los sectores medios y altos. Irene resolvió la crianza en el ámbito privado. Además de contar con servicio doméstico, durante los primeros años de su hija contó con los cuidados de una tía y desde hace un año, y tras la muerte de su padre, la madre de Irene se encarga de la pequeña, mientras Irene las provee a ambas. Hasta aquí es notorio que Irene, a través de su experiencia, fue rompiendo con cada uno de los patrones establecidos que se refieren a la pareja, la maternidad y la familia. Su maternidad cuestiona la necesidad de la familia conyugal para el ejercicio de la maternidad e incluso la idea de la buena madre como una madre de tiempo completo. Sin embargo, restituye el tejido social y los ejes de simbolización involucrando a su madre y a su tía como abuelas. Los esfuerzos de Irene por ser madre y el ejercicio del maternaje en manos de otras mujeres hace suponer que los valores culturales sostienen que los hijos son responsabilidad única de las mujeres, lo cual excluye del panorama a los hombres como padres activos o las opciones de cuidado que el estado podría asumir; sin embargo, esta experiencia también implica que la maternidad se reelabora, ya no como un acto para el reconocimiento social, sino como el cumplimiento de un deseo personal. Y en esta reelaboración, Irene asume la tensión a la que se enfrentan las mujeres que rompen los patrones tradicionales de maternidad y familia, y que,

por ende, no encuentran apoyo en las estructuras sociales para seguir desarrollándose de manera profesional.

Su elevado nivel educativo y sus ingresos altos fueron recursos que le permitieron, en un momento dado, adquirir cierta independencia de los valores tradicionales, en sus relaciones de pareja y en su decisión de ser madre. Contrario a lo que sucede con otras mujeres con menos recursos educativos, económicos y sociales, el inicio de la vida sexual en Irene no estuvo restringido por el matrimonio, y la vida reproductiva no estuvo ligada al inicio de su vida sexual, aunque de manera ideal sí al matrimonio. Asimismo, la inserción en el mercado laboral le permitió buscar maneras alternativas de ser madre, formas que incluyeron el tener una carrera y autonomía en las decisiones, particularmente en aquellas que tienen que ver con el cuerpo, como son el control natal y el periodo adecuado para procrear. Sin embargo, las contradicciones entre sus experiencias y los valores del grupo le han generado fuertes conflictos que van desde la desaprobación social hasta condiciones de trabajo que dificultan la relación madre-hija.

Las madres lesbianas ante la normatividad heterosexual

En México, la mayoría de las madres lesbianas han tenido a sus hijos en el contexto de parejas heterosexuales previas; no es sino hasta años recientes que algunas han decidido ser madres en relaciones de pareja homosexual. Las circunstancias bajo las cuales las mujeres lesbianas ejercen la maternidad varían considerablemente de una mujer a otra y para cada una significa diferentes experiencias y procesos de ajuste; algunas mantienen una apariencia heterosexual ante los hijos y las instituciones, otras viven abiertamente su lesbianismo y la maternidad.

En este apartado nos interesa presentar la historia reproductiva de Fernanda,¹² una mujer lesbiana de 37 años, madre de un niño de cinco años. En este caso analizamos principalmente dos ejes de significados.

¹² Fernanda es una de las entrevistadas para la investigación "Familias lésbicas en el Distrito Federal. El caso del Grupo de Madres Lesbianas (GRUMALE)" que actualmente realiza Sara A. Espinosa Islas como parte de la maestría en Estudios de la mujer en la UAM-Xochimilco.

El primero se refiere al discurso biológico que legitima lo “natural” de la maternidad y de la heterosexualidad; examinamos las tensiones que vive Fernanda al querer formar una familia lésbica en un contexto social en el que la mujer lesbiana es caracterizada por una sexualidad “antinatural” y “patológica” que va en contra de los valores maternales y familiares. El segundo eje de análisis es el que aborda la formación de una familia, en este caso, una familia lésbica, y se subrayan los significados atribuidos a la organización familiar y el desempeño de roles y tareas.

Fernanda tiene una relación de pareja con otra mujer desde hace dos años. Su pareja, Iris, no tiene hijos y vive en su propio departamento, pero convive diariamente con Fernanda y su hijo Arat. Estas mujeres han decidido vivir juntas y actualmente están buscando un lugar adecuado a las necesidades de la nueva familia. Fernanda acude al círculo de autoayuda Grupo de Madres Lesbianas (GRUMALE) desde hace tres años y en ocasiones la acompaña Iris.

La entrevistada tiene una licenciatura en psicología y una especialidad en problemas del aprendizaje. Trabaja en la Secretaría de Educación Pública. Recientemente su pareja y ella han establecido un negocio de diseño y publicidad.

Fernanda creció dentro de una familia que ella considera “convencional”. Fue la única mujer de cuatro hijos; todos sus hermanos están casados y tienen hijos. Estudió la primaria y la secundaria en una escuela de monjas donde recibió una formación religiosa. A pesar de estos antecedentes se considera una mujer plena, en constante crecimiento, que se siente muy a gusto con su vida y orientación sexual.

Durante la adolescencia tuvo varios novios, de los que tres fueron relaciones estables y duraderas. Se casó a los 24 años, tuvo una boda civil y religiosa, y después de casi seis años de matrimonio, se divorció. Posteriormente, entabló otra relación con un hombre con el que vivió alrededor de un año. Fernanda decidió separarse la segunda vez cuando supo que estaba embarazada; resolvió vivir sola el embarazo y los primeros años de crianza de su único hijo. Después de que nació su hijo, salía con un hombre con el que mantenía una relación no formal, tenía relaciones sexuales y utilizaba anticonceptivos.

Fernanda había querido embarazarse desde que vivió con su primera pareja, de hecho se sometió a varios tratamientos, pero no tuvo éxito. Sin embargo, a los 31 años, viviendo con su segunda pareja se embarazó; pero esto sucedió cuando ambos habían tomado la decisión de separarse.

Ella quiso continuar con el embarazo independientemente de la pareja; la edad fue un elemento importante para tomar esta decisión.

Decidí embarazarme a los 30 años, tuve un proceso de apoyo psicológico y biológico. Me sometí a tratamiento porque yo no podía tener hijos, afortunadamente tres años después llegó Arat. Mi embarazo lo viví sin pareja. Fue una decisión mía.

Asumir su orientación sexual ha significado cambios importantes en su vida. Iris y Fernanda habían sido amigas desde tiempo atrás, incluso Iris asistió a su boda; pero sólo hace cuatro años que Fernanda descubrió sus sentimientos hacia su amiga, cuando supo que era Iris quien le enviaba flores todos los lunes a su oficina y no el hombre con el que salía en ese momento. A partir de ese evento, ella comenzó a darse cuenta que pasaban mucho tiempo juntas, que extrañaba a su amiga y que incluso llegaba a sentir celos por ella. Para Fernanda el proceso de autoaceptación como lesbiana fue difícil y doloroso; llegó a sentir miedo, culpa y coraje consigo misma. Entonces buscó grupos que pudieran ayudarla y finalmente se integró al círculo de autoayuda Grupo de Madres Lesbianas (GRUMALE). Casi un año después, inició su relación con Iris, la única pareja mujer que ha tenido.

Fernanda inició su trayectoria reproductiva como mujer heterosexual; rompió desde el principio con la secuencia *pareja-vida sexual-hijos/as*, pues comenzó su vida sexual varios años antes del matrimonio, tuvo dos relaciones conyugales sin hijos y, posteriormente, rompió con la pareja y vivió la maternidad sola. Finalmente, estableció una relación de pareja homosexual. A raíz del reconocimiento de su orientación sexual ha reestructurado sus propios esquemas y se ha planteado nuevas formas de vivir la pareja y la maternidad. Este último punto es muy importante, pues Fernanda está tratando de conciliar significados que, a nivel de la cultura, son contradictorios: por un lado, la homosexualidad y, por el otro, la pareja y la maternidad. Esta situación propicia que la maternidad lésbica se viva de manera ambivalente, no sólo con respecto al entorno social sino también al interior de la propia familia lésbica.

Fernanda e Iris han manejado abiertamente su condición de pareja. Fernanda ha determinado crear su propia familia, cuestionando el modelo de familia tradicional, ya que ella y su hijo constituyen una familia al lado de otra mujer, es decir una familia lésbica. Esta situación ha hecho que su hijo Arat reinterpreté con nuevos significados una forma de familia no tradicional, pero también que, en ocasiones, cuestione la ausencia de una imagen paterna en su hogar:

Arat sabe que nos amamos, es la palabra que conoce... Lo refleja en el dibujo de su familia... Y, entonces, cuando nos hacen entrega en la clase del trabajo de la familia: dibuja a su mamá, a Iris, a su abuelita y él. Esa es su familia, entonces eso dice mucho... Hay cosas que son claves... Sabe que tiene su cama y que Iris y su mamá duermen en otra.... Se refiere a nosotras como pareja... Sí ha preguntado ¿por qué no hay un hombre en la casa?... Y reflexionamos si es necesaria la presencia de un hombre.

Esta nueva forma de vivir la maternidad y conformar la familia ha llevado a Fernanda a reestructurar y compartir los roles de manera distinta a como los vivió en sus relaciones heterosexuales; por ejemplo, ambas trabajan, aportan gastos y comparten las actividades como la limpieza de la casa, la elaboración de los alimentos y las compras. Además, se involucran por igual en la educación, la crianza y la convivencia con Arat. De esta forma, al compartir su vida con otra mujer, Fernanda ha podido cuestionar la división sexual del trabajo al interior del hogar, pero eso ha sido posible en la medida en que ella ha asumido su orientación sexual.

Con mis parejas heterosexuales era asumir roles muy preestablecidos. Ni siquiera era como de conciencia clara. Y yo era cómplice... Ahora no hay nada de eso. Me encanta, de verdad... Porque a veces una o la otra desempeña cualquier actividad indistintamente. Y eso me hace sentirme bien, muy a gusto.

Los domingos son días de labores. Implican la limpieza de casa, ir al súper, al mercado, preparar comida, siempre los tres juntos... Arat agarra su tablita, su cuchillito y nos ayuda y decimos, "es hora de cocinar". Y todos a cocinar.

Estas experiencias han constituido un proceso de aprendizaje y crecimiento a través del cual la entrevistada ha ido asumiendo su identidad como lesbiana al lado de su pareja y su hijo; sin embargo, el entorno social es ambivalente frente a la maternidad lésbica. Por ejemplo, en el colegio al que asiste Arat saben que Iris y Fernanda son responsables de su crianza y que ambas pueden tomar decisiones y responsabilidades sobre él, además acostumbran acudir juntas a las diversas actividades que el chico desempeña y hasta estos momentos nadie las ha cuestionado sobre su identidad sexual, pero están conscientes de que en algún momento ese cuestionamiento se puede presentar.

Estas mujeres no ocultan su relación en el trato cotidiano con otras personas, pero los otros se niegan a reconocerlas abiertamente como pareja; es el caso de las personas responsables del colegio particular al que asiste su hijo:

En el colegio saben que si no me encuentran a mí, encuentran a mi compañera... y que ella tiene todas las facultades de decidir cualquier cosa que tenga que ver con

Arat. A los cursos y actividades que hay con papás nos presentamos juntas. Seguramente nos ven con ojos de what?, pero nadie se atreve a preguntarnos nada. No dudo que ya rumoren o digan... Pero no me interesa, mientras no perjudique el tipo de atención y desarrollo que está recibiendo [Arat] por parte del colegio. Considero que ya nos identificaron... Muy sutilmente comentan: damos la bienvenida a la mamá de Arat y a su amiga. Es la etiqueta que han querido saber. Seguramente sí llegará el momento en que me lo pregunten... Y ya nos tocará hacerle frente, pero nadie se ha atrevido a hacerlo.

Respecto a su familia de origen, la situación es también ambivalente. A pesar de que sus padres y hermanos no aceptan abiertamente su orientación sexual y su situación familiar, Fernanda ha recibido su apoyo en los momentos más importantes; por ejemplo, nunca le cuestionaron su divorcio ni su separación del padre de su hijo. Asimismo, su madre le ha ayudado con el cuidado del niño. Su familia conoce a su pareja y saben que están juntas la mayor parte del tiempo y que ambas tienen una amplia convivencia con el niño, que los tres salen de viaje, que ellas salen a bailar e incluso asisten juntas a algunas reuniones familiares. A pesar de que ellas no ocultan su relación ante la familia, sus parientes las denominan "amigas" debido a que existe una resistencia a confirmar que Fernanda vive abiertamente una relación homosexual, como lo refiere la entrevistada en el caso de su madre:

Lo hemos hablado hasta donde ella ha querido que lo hablemos. Sabe que nos queremos y se lo hemos dicho. "Sí, como amigas... Yo sé que se quieren". Sabe mi mamá que me voy a vivir con ella y que hago mi vida con ella. Pero no ha querido que se le confirme. Cuando empezamos a hablar es: ¡prefiero que no me digas nada, hija! ¡No me digas nada, por favor!

Otro ejemplo de la lucha de Fernanda por reivindicar socialmente su relación de pareja, a la vez que ella misma presenta cierta ambivalencia frente a su maternidad lésbica, ha sido la situación que se generó cuando compró un seguro de vida. En la póliza, Fernanda estipuló que Iris es su compañera y que en caso de que su madre y ella fallecieran y su hijo siguiera siendo menor de edad, Iris cobraría el seguro. Es decir, por un lado reconoce a Iris como su compañera, pero, por otro, da prioridad a su madre en la tutoría de su hijo.

La niña de los seguros fue hace como quince días al trabajo. Y, entonces, le dije que quería hacer un cambio: que en caso de fallecimiento de mi madre y de minoría de edad de Arat, Iris sea quien cobre el seguro de vida. Me dijo: ¿Es tu hermana? No es mi hermana, es mi compañera y espero que no haya ningún problema. Me dice: No, sí tú estás manifestando en vida... como tal, no hay problema. Nada, sacó los papeles, su credencial de elector, la anexó. Perfecto, usted queda como beneficiaria.

Una situación distinta surgió cuando Fernanda e Iris crearon el negocio de diseño y publicidad; en esa situación la relación lésbica no implicaba definirse frente a la maternidad. En la definición legal, aparecen como una sociedad y en el apartado que especifica la relación entre ambas estipularon que eran compañeras y entre paréntesis agregaron pareja, a pesar de que el actuario les aconsejó que sólo hicieran referencia a que eran compañeras de trabajo o en su defecto amigas, o sin parentesco, como ya lo han hecho algunas otras parejas homosexuales.

Este tipo de actitudes deja ver que en nuestro país comienza a darse una visibilidad de las relaciones homosexuales. Sin embargo, todavía no se les reconoce legalmente como relaciones de pareja, por lo que en la vida cotidiana estas personas enfrentan actitudes discriminatorias por parte de las instituciones privadas y gubernamentales para el acceso a ciertos recursos y beneficios sociales, destinados únicamente a personas que viven bajo la norma del modelo heterosexual. Por ejemplo, Fernanda tiene derecho al servicio médico del ISSSTE, pero ella ni siquiera ha intentado poner como dependiente a Iris, pues las reglas a ese respecto son muy claras, sólo caen dentro de ese rubro los familiares directos, como hijos, padres y esposos.

Con respecto a su ámbito laboral, Fernanda asegura que hasta el momento no ha tenido ningún problema; a pesar de que muchas personas tienen conocimiento de su relación con Iris, otras no lo saben, por lo que no descarta la idea de que algunos de sus colegas se lleguen a sorprender.

Ha habido comentarios como: “¡Ya llegó tu novia!”, por ejemplo, de mi jefe. Sólo le digo “¡Gracias por avisarme!” La primera vez que me dijo eso, sí me sorprendí, pero sólo le dije “gracias, qué bueno que me avisas... Por favor avísame cada que venga”. Y cosas así, pero que me perjudiquen de manera directa en mi trabajo, no he tenido ningún problema.

La decisión de Fernanda respecto a ser madre no ha entrado en conflicto con su carrera profesional, laboral o con su vida de pareja. Evidentemente, ella es una mujer que difiere del ideal maternal, es una mujer proveedora que vive su lesbianismo y su relación de pareja sin prejuicios. Para ella, la maternidad es un acontecimiento que vive con alegría y responsabilidad. Además, la maternidad y su preferencia sexual no significan ningún conflicto, de hecho, para ella no existe ninguna diferencia entre ser madre lesbiana y madre heterosexual, sino “que simplemente se es madre”. Sin embargo, la hegemonía de la norma heterosexual hace necesaria la búsqueda y existencia de espacios como

el círculo de autoayuda GRUMALE, que es el sitio donde ellas pueden hablar de sus problemas y compartir sus experiencias.

La maternidad de Fernanda rompe con los patrones establecidos que se refieren al ideal de pareja, maternidad y familia heterosexual; sin embargo, en lo que se refiere a la crianza, llama la atención que no se cuestione la falta de programas estatales que proporcionen suficientes servicios de guardería y otros centros dirigidos al cuidado de los hijos de madres trabajadoras. Fernanda reconoce que su madre ha sido una persona fundamental en el cuidado y la crianza de Arat desde el momento en que ella tuvo que reincorporarse a su trabajo. La institución donde trabaja no pudo ofrecerle un lugar para su hijo en una guardería, por lo que recurrió a una institución privada y a su madre para realizar la crianza. Esto hace suponer que el maternaje ha sido asumido por Fernanda como una responsabilidad exclusiva de las mujeres.

Para concluir, podemos señalar que el caso de Fernanda nos permite visualizar las dificultades que viven las mujeres lesbianas en la construcción de un nuevo arreglo familiar y la reelaboración de algunos significados sobre la maternidad, la familia y la pareja fuera de la norma heterosexual; especialmente cuando luchan por un reconocimiento social de su relación de pareja y de su maternidad.

Mujeres sin hijos ante la maternidad, la pareja y el matrimonio

Yo creo que los de los setenta y los noventa son cambios increíbles,
evoluciones durísimas en nuestra propia concepción,
nuestro propio ser: De para qué sirvo, para qué estoy aquí.
Antes te decían, eres mujer, tienes hijos y te casas.
Y si no te casas, ¡iii, qué pena!, ¿no?
Hazte para allá, arrincónate, eres solterona. Y fue cambiando...
Y como eso, en muchísimas cosas.
No se concibe la maternidad igual que la conciben
nuestras madres, ni el matrimonio.
Entonces, sí son cambios,
pero radicales, evoluciones gruesísimas.
Y, bueno, a la gente de mi edad le toca esta vorágine... Y sí...
Es muy... no acabas de entender una cosa
cuando ya hay otra. PAULINA

La independencia económica, el uso generalizado de anticonceptivos modernos y la posibilidad de postergar la maternidad, ha enfrentado a muchas mujeres mayores de 30 años con la necesidad de reflexionar sobre el deseo de vivir un embarazo, ejercer la maternidad y formar una familia. En algunos casos, las mujeres experimentan procesos de constante cuestionamiento antes de tomar decisiones sobre sus actos de procreación, en otros casos, toman decisiones a partir de hechos consumados: un embarazo sorpresivo o un aborto involuntario. ¿Qué circunstancias llevan a mujeres mayores de 30 años a no desear tener hijos y, en algunos casos, a decidirlo? ¿Qué aspectos socioculturales contribuyen a que mujeres en este rango de edad no tengan hijos? ¿Deciden explícitamente las mujeres acerca de esto o es una situación contingente sobre la cual resuelven?

Con el propósito de abordar estas preguntas se presenta el caso de Paulina,¹³ quien a sus 46 años de edad no tiene hijos y ha declarado no desear tenerlos debido a su edad. No es soltera sino, en sus palabras, solterísima. Pertenece a un estrato socioeconómico medio, y siempre ha vivido con sus padres. La trayectoria de vida de Paulina ilustra el

¹³ Paulina es una de las entrevistadas para la investigación "Algunas reflexiones sobre el ideal maternal y las mujeres sin hijos", que actualmente realiza Claudia Ezcurdia Valles como parte de la maestría en Estudios de la mujer en la UAM-Xochimilco.

proceso de decisión/indecisión de tener hijos y nos permite analizar dos de los tres ejes de significados a partir de los cuales se simboliza la maternidad. En primer lugar, exploramos el referido a la relación conyugal y al matrimonio como desencadenador de la vida sexual, y la importancia que adquieren estos mismos significados para el ejercicio de la maternidad. En segundo lugar, examinamos la forma en que Paulina reelabora el eje de significados referido al fundamento temporal y biológico del ejercicio de la maternidad.

Paulina proviene de una familia muy católica, es la séptima de diez hijos; vivió una adolescencia muy difícil, fue enfermiza y tuvo problemas en su casa. Al terminar la secundaria, sus padres la sacaron de la escuela por haber reprobado unas materias. Durante un tiempo, se dedicó a las labores del hogar y a apoyar a una de sus hermanas que tenía un hijo; casi no salía con amigos pues no le daban permiso. A los 18 empezó a trabajar y su vida se modificó, pues aportaba dinero a su casa y a cambio adquirió cierta autonomía que le permitió retomar los estudios. Comenzó trabajando en un sitio de taxis; luego fue recepcionista en un consultorio pediátrico donde duró 10 años. Su trabajo lo desempeñaba por las tardes, por lo que durante ese periodo, estudió para secretaria y dio clases de taquigrafía en una escuela comercial. Posteriormente, trabajó en un despacho y después se encargaba del trabajo de oficina en una universidad privada. Al poco tiempo, entró a trabajar a un hospital donde permaneció por unos años. Actualmente, es secretaria de la dirección en una institución educativa.

Desde que tenía 17 años salió con un muchacho y mantuvo un noviazgo de cinco años. Con él inició su vida sexual y habló de casarse algún día. Después, salió con otro hombre que le planteó comprar un departamento y vivir juntos. Ella se negó, principalmente porque él era muy “fiestero” y no era la vida que ella quería llevar. Esta relación duró cerca de cinco años. Más adelante tuvo otro novio que “no fue importante en un sentido sentimental o mental, fue importante cuando me embaracé”. Finalmente, a los 33 años, Paulina tuvo un aborto espontáneo y cortó con esa relación. Entonces, conoció a su actual pareja con quien lleva un noviazgo desde hace 13 años. Paulina ha utilizado pastillas anticonceptivas; las interrumpía cuando no tenía novio o se peleaba con su pareja. Durante un corto tiempo le colocaron un dispositivo intrauterino, pero se lo quitaron porque le causó molestias.

Después de los 30 años de edad, Paulina percibió que “el tiempo se pasaba”, que no llegaba el “príncipe azul, el elegido, entonces, pues

algún día voy a ser madre". A los 33 años, sin proponérselo, se embarazó. Su pareja se asustó y ella decidió tener al bebé sola. Su padre la apoyó con su silencio y su madre amenazó con irse de la casa. El desenlace fue un aborto espontáneo al tercer mes. Ante la dificultad de concretar un matrimonio, Paulina se planteó la posibilidad de tener un hijo sola, por miedo a que pasara el tiempo y perdiera la oportunidad, pues para ella "hay momentos en el cuerpo de la mujer que determinan la maternidad". Para ella existe una temporalidad que, bajo argumentos fisiológicos, define la pertinencia de la maternidad:

De verdad, a lo mejor se escucha feo, pero un día me di cuenta que estos son ciclos; en la vida, son ciclos, son etapas. Tú no te puedes saltar una etapa, porque entonces estás mal, vas desfasada. Hay una etapa en la vida fisiológica para ser niño, para ser adolescente, que baje tu menstruación para ser madre... Y se te pasa el tiempo... O sea, después aunque quieras... puedes tener igual tu menstruación, pero, bueno, vas a tener un niño débil y enfermizo; ya no vas a ser mamá, vas a ser abuelita. Ya no vas a ser mamá sino abuelita. Igual para casarte.

El argumento central de Paulina acerca de la maternidad es la existencia y preexistencia de etapas definidas culturalmente (adolescencia) unidas a cuestiones fisiológicas (menstruación y menopausia), discursos de la medicina moderna (tener un hijo débil y enfermizo) y sustantivos definitorios de identidades que surgen de las relaciones de parentesco (ser madre o abuela). Estas etapas construyen una temporalidad en la vida de las mujeres basada en una normatividad genérica, cuyos ejes dictan la pertinencia de la maternidad a partir de parámetros cualitativamente diferentes entre sí (adolescencia-menstruación-edad-relaciones parentales). De esta manera, la percepción del tiempo en la trayectoria de vida de las mujeres surge de una percepción previa de cómo debe ser la vida de una mujer, de etapas preconcebidas y, por otro lado, de edades límite que se tornan limitantes; es decir, de significaciones genéricas de la vida de una mujer que la constituyen y a su vez la conducen.

Paulina no rechaza en su totalidad el modelo *pareja-vida sexual-hijos/as* sino que lo trastoca en diversos aspectos. Acepta el mandato etario que dice bajo qué condiciones se deben tener hijos. Además, nunca planificó no tener hijos sino que, en el trayecto de su vida, las "condiciones ideales" no se dieron. Ante esto, ella decidió llevar una maternidad sola, de la tradición pero no del género. Sin embargo, la pérdida del embarazo la condujo a reinterpretar sus experiencias laborales, amorosas y familiares para dar coherencia y aflojar las tensiones creadas entre el "deber ser" y lo que es y hace.

De hecho, Paulina usa el deber ser como fuente de argumentación y a su vez lo desconstruye y reconstruye al darle nuevos sentidos a su práctica reproductiva. Al reconocer la existencia de etapas y modos del deber ser para la maternidad y el matrimonio, ella asume el discurso como propio para explicar por qué ella no debe tener hijos: ahora “iría desfasada”. Por otro lado, el uso de métodos anticonceptivos resulta un recurso importante para llevar una vida sexual activa, para evitar un embarazo. El ideal *pareja-vida sexual-hijos/as* no queda intacto sino que lo desconstruye al separar el sexo de la procreación, de la pareja y del matrimonio.

La imposibilidad de “saltarse una etapa” refleja la fuerza que posee el deber ser sobre Paulina, el impedimento de verse fuera de tales márgenes a pesar de estarlo. Entonces, le da otro sentido que cuestiona el eje de significados maternidad-pareja. Paulina narró sobre su actual pareja:

Ya tenemos 13 años... Bueno, yo creo que es muy importante decir “bueno, y ¿por qué nunca se ha casado? Intentamos hacerlo; casarnos, vivir juntos... Dije: “ahora sí... ¡que se pudra con todo lo que tiene adentro!” O sea, soy yo, ahora soy yo... Y era una bomba de jabón... Y llegó un momento en que dije: “¿Y de verdad quiero vivir con él? ¿A estas alturas de mi vida? ¡Ay, no!”

Ella sabe qué es lo que “debería ser” (un matrimonio tras un periodo de noviazgo), pero lo cuestiona. Paulina deseaba, en una primera etapa, tener hijos; y posteriormente, casarse. No realizó ninguna de las dos cosas. Las circunstancias la obligaron a dar sentidos diferentes a su vida, producto de las tensiones entre las construcciones culturales y la experiencia individual. Ante la falta de representaciones culturales adecuadas a su vida, los nuevos sentidos que dio a su existencia le permitieron trastocar el modelo *pareja-vida sexual-hijos/as*.

Él, últimamente, está hablando otra vez de... Y yo, la verdad, le saco. Lo quiero mucho, lo quiero mucho. No es así de que me dijera: “O vivimos juntos o nos casamos, como sea, o terminamos”... Bueno, pues “no terminamos, ¿verdad?, mejor vivimos juntos”. Pero yo le voy sacando.

Entonces, ¿cómo le hago? Sigo dándole larguitas... Y, digo, si ya aguantamos tanto, pues, vamos a esperar, ¿no?

La tensión en la vida de Paulina se ubica, en consecuencia, en el ir y venir del deber ser y los ideales derivados de los modelos culturales y su experiencia personal. Después del aborto, las circunstancias específicas de Paulina le han permitido continuar laborando, tener acceso a métodos anticonceptivos y a otras actividades en su vida. El contexto económico, político y social —en el cual se desarrolló— le abrió un nuevo panorama

ante el cual debió crear significados nuevos y para los cuales no encontró representaciones que se ajustaran a su experiencia.

Como te decía, mi vida empezó a los 40. Así, como... “¿ya cumpliste 40? ¡Pásale por aquí!”. No era de estar preguntando, no era de estar buscando afanosamente. Era de ser y ya. Las respuestas llegan. Cuando cumplas 40 te vas a acordar de mí (risas)... Ahora sí me gusta, ahora sí.

La enunciación anterior expresa el resultado de un proceso de reelaboración de sentidos sobre sí misma, en el cual se reconoce, a la vez que busca un sendero que permita ubicar su propia identidad. Por eso, Paulina expresa que su vida empezó a los 40, relegando así su dudosa existencia previa (“No era de estar preguntando, no era de estar buscando afanosamente”).

Ahora bien, en diversos momentos Paulina se encuentra ante vacíos culturales que la enfrentan a la incertidumbre sobre el futuro; es decir, la falta de representaciones es un factor que invalida la posibilidad de verse a futuro con mayor certeza.

Yo creo que sí, yo creo que sí, porque son etapas y, bueno, la etapa de la ilusión del matrimonio, de la familia, ya pasó. Y entonces empiezas a vivir lo que hay hoy, sin hacer grandes planes... tampoco a muy largo plazo. Y dices, “estás hoy, mañana no sabemos”. Entonces, planes a corto plazo, metas a corto plazo que puedes terminarlas y disfrutarlas, disfrutar el triunfo.

Ciertamente, nadie puede verse a futuro con total seguridad, pero en un discurso construido de acuerdo con un modelo etario pueden presentarse posibles sustantivos definitorios de la identidad (por ejemplo, madre, abuela, jubilada, trabajadora, ama de casa, etc.) que dan una supuesta progresión natural al transcurso de la vida de las mujeres (*pareja-vida sexual-hijos/as-nietos/as*). Sin embargo, Paulina no se delimita a partir de ninguno de estos modelos. Entonces, al preguntársele sobre el futuro, le resulta difícil definirlo y definirse en él.

Es importante señalar que la entrevistada también hace referencia a la importancia de la situación económica, la pareja estable, el apoyo de la familia, el trabajo; es decir, a una serie de condiciones para llevar a cabo actos de voluntad y decisiones explícitas acerca de la maternidad. Ella es económicamente independiente, pero aun así se plantea disyuntivas. Por ejemplo, al quedar embarazada, Paulina reflexionaba:

Entonces fue un conflicto grande, porque yo decía “yo quiero tener al bebé, pero ¿qué le voy a ofrecer?”. Decía, “voy a tener que trabajar, tener dos trabajos, en la mañana y en la tarde, y va a ser el hijo de la guardería, no mi hijo”.

Finalmente, la institución maternal y el género se inscriben bajo una serie de condiciones culturales, económicas y sociales. Entonces, no son meramente las circunstancias particulares de cada sujeto lo que lleva a crear nuevos sentidos a la existencia, sino también las especificidades del contexto en el que se encuentra inmerso. En este caso, Paulina, a pesar de las dificultades que tuvo que enfrentar durante su adolescencia, que limitaron su independencia y autonomía, logró construir ciertos espacios de decisión, a partir de su independencia económica. Este recurso personal le ha permitido cierta autonomía en sus decisiones acerca de tener o no hijos, casarse o no, independientemente de las circunstancias, de sus deseos y del deber ser. En esta trama, Paulina exhibe la tensión constante entre la construcción cultural de la maternidad y sus experiencias, entre la construcción y reinterpretación de nuevas concepciones de sí y el deber ser frente a los vacíos culturales.

Reflexiones finales

En México los cambios económicos, políticos y sociales que ocurrieron durante las últimas décadas del siglo XX, abrieron una gama de posibilidades para las mujeres; surgieron nuevos arreglos de pareja y familiares, nuevos intereses y mayores espacios de acción. Sin embargo, las transformaciones en el orden de lo social han tenido un ritmo mucho más acelerado que los cambios ocurridos en el mundo simbólico de la cultura. Si bien han surgido nuevos modelos, esquemas, teorías y elaboraciones culturales sobre la maternidad, la sexualidad y las relaciones de pareja, siguen siendo hegemónicos los esquemas y modelos culturales tradicionales que jerarquizan las relaciones entre hombres y mujeres, y que suscriben la maternidad al ámbito privado y el ejercicio de la sexualidad a la norma heterosexual y a la familia conyugal. Por lo menos en lo que toca a la sexualidad y la maternidad, las mujeres en sus experiencias diversas han sido expuestas a vacíos culturales, a la ausencia de representaciones, valores, normas y significados alternativos que den sentido a las prácticas reproductivas emergentes. No obstante, el cambio social se genera justo con el desfase entre el ámbito de las relaciones sociales y el de las construcciones culturales; precisamente, en los espacios donde se juegan las tensiones y los conflictos, los individuos pueden tomar distancia de los valores del grupo y convertirse en agentes de transformación social.

En este artículo hemos analizado la maternidad distinguiendo las experiencias que comprenden, por un lado, el entramado de relaciones sociales y de género y, por el otro, las construcciones simbólicas de la maternidad, la pareja y la sexualidad femenina. Hemos buscado en cada instancia las formas emergentes en relación con los modelos tradicionales. Con tal propósito, hemos distinguido tres ejes de simbolización de la maternidad: la explicación biológica y médica de la maternidad que la erige como un hecho natural, la definición de los lugares madre y padre a partir de la relación heterosexual y el eje que inscribe la maternidad en la familia conyugal y define las características de ésta a partir del género y la generación.

El propósito ha sido explorar las tensiones que viven las mujeres al estar sometidas a una situación de desfase entre sus vivencias y los ideales y modelos culturales. Hemos explorado las experiencias de mujeres que se han alejado del modelo tradicional de la maternidad. Sus prácticas reproductivas sobresalen porque rompen con la secuencia del modelo tradicional del matrimonio que norma el inicio de la vida sexual y reproductiva a partir de la vida conyugal (*pareja-vida sexual-hijos/as*). Las mujeres entrevistadas dieron prioridad a su carrera laboral desde temprana edad e iniciaron la vida sexual antes de la relación conyugal; establecieron varias relaciones de pareja antes de tener hijos o decidir no tenerlos; dos de ellas ejercieron la maternidad fuera de la relación conyugal y una más en una relación homosexual.

En los casos analizados hemos visto que ninguna rompe con los valores tradicionales en su totalidad, pero sí los modifican en sus experiencias. En algunos casos, las reelaboraciones resultan como una cuestión contingente a las decisiones conscientes de las mujeres, pero en otros surgen a partir del cumplimiento de cierta normatividad y una decisión más explícita que crea nuevos sentidos. El caso de Irene muestra la constante reelaboración de los significados referidos a la relación conyugal como determinante para la vida sexual y la maternidad. Esta mujer ejecutiva inició su vida sexual antes de la relación conyugal, pero se sometió a la normatividad de la vida sexual al casarse para no llevar una “doble vida”; sin embargo, a través de sus experiencias de pareja heterosexual, cuestionó la jerarquía en la relación hombre-mujer y separó la vida sexual de la relación conyugal. El caso de Fernanda ilustra las tensiones que vive una madre lesbiana en un mundo normado por la heterosexualidad;

tensiones que se traducen en una cotidianidad incierta y ambivalente, cotidianidad que se vive en un entorno social que no acepta la relación homosexual pero sí su maternidad. En la vida de Paulina se muestra el peso de los ejes de significados y la reelaboración de éstos a partir de experiencias dolorosas. Ella inició su vida sexual fuera de la relación conyugal, pero siempre con la esperanza de conseguir la “pareja ideal”, hasta que se embarazó y decidió vivir su maternidad sin pareja; sin embargo, a raíz del aborto, se vio obligada a reinterpretar la relación de pareja y su ubicación frente al matrimonio y la maternidad. Así, las tres entrevistadas rompen en cierto modo y bajo ciertas circunstancias con los ejes de simbolización de la maternidad, pero los usan a su vez para transgredir o para resignificar sus experiencias.

En las historias de las mujeres entrevistadas encontramos la presencia de esquemas y modelos culturales referidos a la aceptación social y a la valoración positiva de la mujer trabajadora. Sin embargo, el proceso es menos nítido en lo que se refiere a la sexualidad y a la maternidad. Por ejemplo, en el caso de Irene, la mujer ejecutiva, desde niña se identificó con un modelo de mujer profesionalista muy cercano a ella, valorado por su entorno. Este modelo presenta una mujer “triunfadora”, con recursos económicos, independiente; pero una mujer que se casa ya mayor y no tiene hijos. Paulina, por su parte, tuvo que buscar su independencia económica, no a partir de valores familiares, sino como una forma de sobrevivir al ambiente familiar. Tal vez, la ausencia de modelos alternativos en la vida de Paulina le dificultó la trasgresión explícita y consciente de los esquemas tradicionales referidos a la sexualidad, la pareja y la maternidad. Ella es una mujer que asume sus circunstancias, pero se siente constantemente “desfasada” de los eventos reproductivos y de pareja.

Por otra parte, hay dos temas que ninguna de estas mujeres se cuestiona: la obligación del estado de proveer o legislar en materia de servicios para el cuidado de los infantes y la validez del discurso médico en torno a la edad crítica para la reproducción en las mujeres. En el primer aspecto ninguna de ellas expresa la necesidad de guarderías públicas como una condición necesaria para conciliar su vida laboral y su maternidad, pues las tres asumen la crianza de los hijos/as como una responsabilidad personal, es decir: el maternaje es una cuestión propia de la madre o de otras mujeres que con salario o sin éste lo ejercen, sin que ello signifique una problemática social. Cabe señalar que esta si-

tuación contrasta con la de las mujeres de los sectores medios y altos de los países ricos, en los que la contracción de los lazos de parentesco y la competencia laboral han contribuido a exigir como demanda el apoyo del estado para la crianza y el cuidado de los hijos.

Asimismo, las tres mujeres coinciden en que la edad crítica o frontera para comenzar a decidir sobre el ejercicio de la maternidad son los treinta años. De hecho, alrededor de este límite etario buscaron embarazarse explícitamente o vivieron de manera accidental esta experiencia, aunque en el caso de Paulina no se logró. Se puede decir que esta situación se está presentando de manera generalizada entre las mujeres mexicanas que han aplazado el momento de la maternidad. Conforme se retrasa el inicio de la misma, se fortalece el discurso médico entre las mujeres de los sectores medios y altos que cuestionan los modelos culturales tradicionales, al mismo tiempo que se refuerza el temor a no poder procrear.

Para concluir, queremos señalar que, si bien los cambios sociodemográficos y el uso generalizado de los métodos de anticoncepción han significado para las mujeres mayor movilidad y la posibilidad de incursionar en espacios antes vedados para ellas, muchas de las políticas públicas dirigidas a las mujeres están atravesadas por las construcciones culturales e ideológicas que sustentan las relaciones de género tradicionales. Por su parte, las mujeres viven sus prácticas reproductivas emergentes bajo fuertes tensiones y conflictos y su resolución se sigue considerando como un problema del ámbito personal y privado. Todavía el lenguaje de la diversidad y la pluralidad de valores, modelos y esquemas, está lejos de ejercer una influencia importante en la vida pública de nuestro país, lo cual dificulta la cotidianidad de las mujeres que están viviendo el cambio y la transformación en sus relaciones sociales.

Bibliografía

- García, Brígida y Orlandina de Oliveira, 1994, *Trabajo femenino y vida familiar en México*, El Colegio de México, México.
- Gregg, Robin, 1995, *Pregnancy in a High-Tech Age*, New York University Press, Nueva York.
- INEGI, 1997, *Mujeres y hombres en México*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.

- INEGI, 1999, *Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica. Distrito Federal. Panorama sociodemográfico 1997 (ENADID)*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.
- INEGI, 2001, *Indicadores sociodemográficos de México (1930-2000)*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.
- INEGI, 2001, *Mujeres y hombres en México*, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, México.
- Irigaray, Luce, 1985, *El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza, otro modo de sentir*, Lasal, Barcelona.
- Juárez, Fátima, Julieta Quilodrán y María Eugenia Zavala de Cosío, 1989, "De una fecundidad natural a una controlada: México 1950-80", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 4, núm.10 (enero-abril), pp. 5-51.
- Mier y Terán, Marta, 1989, "La fecundidad en México, 1940-1980. Estimaciones derivadas de la información del registro civil y de los censos", en Beatriz Figueroa (comp.), *La fecundidad en México*, El Colegio de México, México, pp.19-62.
- Muraro, Luisa, 1994, *El orden simbólico de la madre*, horas y HORAS, Madrid.
- Nakano, Evelyn, Grace Chang y Linda Rennie (eds.), 1994, *Mothering: Ideology, Experience, and Agency*, Routledge, Nueva York.
- Ortner, Sherry, 1999, "Thick Resistance: SEAT and the Cultural Construction of Agency in Himalayan Mountaineering", en *The Fate of "Culture", Geertz and Beyond*, University of California Press, Berkeley.
- Ortner, Sherry y Harriet Whitehead, 1991, "Indagaciones acerca de los significados sexuales", en Carmen Ramos (comp.), *El género en perspectiva*, UAM-Iztapalapa, México, pp. 61-112.
- Rich, Adrienne, 1986, *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution*, W.W. Norton & Company, Nueva York y Londres (en español: *Nacida de mujer*, Noguer, 1978).
- Ruddick, Sara, 1989, *Maternal Thinking*, Beacon Press, Boston.
- Sánchez, Ángeles y Catherine Menkes, 2000, "Las características de la fecundidad femenina en el Distrito Federal", en Catherine Menkes y Magalí Daltabuit (coords.), *Diversidad cultural y conducta reproductiva*, UNAM/CRIM, Cuernavaca, pp. 161-188.
- Sau, Victoria, 1991, "La ética de la maternidad", en Lola G. Luna (comp.), *Mujeres y sociedad*, Universitat de Barcelona, Barcelona, pp. 177-182.
- Scheper-Hughes, Nancy, 1993, *Death Without Weeping: the Violence of Everyday Life in Brazil*, University of California Press, Berkeley.

- Snitow, Ann, 1992, "Feminism and Motherhood: An American Reading", en *Feminist Review*, núm. 40 (primavera), pp. 32-51.
- Strathern, Marilyn, 1992, *Reproducing the Future*, Manchester University Press, Manchester.
- Tuirán, Rodolfo, Virgilio Partida, Octavio Mojarro y Elena Zúñiga, 2002, "Tendencias y perspectivas de la fecundidad", en *La situación demográfica de México, 2002*, CONAPO, México, pp. 29-48.
- Zavala de Cosío, María Eugenia, 1989, "Niveles y tendencias de la fecundidad en México, 1960-1980", en Beatriz Figueroa (comp.), *La fecundidad en México*, El Colegio de México, México, pp. 167-196.